

**ACTES DEL X CONGRÉS INTERNACIONAL
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

**Edició a cura de
Rafael Alemany,
Josep Lluís Martos
i Josep Miquel Manzanaro**

Volum III

**INSTITUT INTERUNIVERSITARI DE FILOLOGIA VALENCIANA
«SYMPOSIA PHILOLOGICA», 12**

Alacant, 2005

Asociació Hispànica de Literatura Medieval. Congrès (10é. 2003. Alacant)
Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval /
edició a cura de Rafael Alemany, Josep Lluís Martos i Josep Miquel Manzanaro. -
Alacant : Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005. - 3 v. (1636 pp.) ;
23,5 x 17 cm. - (Symposia philologica ; 10, 11 i 12)
Ponències en català, castellà i gallec
ISBN: 84-608-0302-3 (84-608-0303-1, V. I; 84-608-0304-X, V. II; 84-608-0305-8, V. III)
1. Literatura medieval - Història i crítica - Congresos. 2. Literatura espanyola - Anterior
a 1500 - Historia y crítica - Congresos. I. Alemany, Rafael. II. Martos, Josep Lluís.
III. Manzanaro, Josep Miquel. Título. V. Serie.
821.134.2.09"09/14"(063)

Director de la col·lecció: Josep Martines

© Els autors

© D'aquesta edició: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana

Primera edició: maig de 2005

Portada: Llorenç Pizà

Il·lustració de la coberta: Taulell amb escena de torneig (1340-1360),

Museu Municipal de l'Almodí, Xàtiva

Imprimeix: TÁBULA Diseño y Artes Gráficas

ISBN (Volum III): 84-608-0305-8

ISBN (Obra Completa): 84-608-0302-3

Dipòsit legal: A-519-2005

La publicació d'aquestes *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval* ha comptat amb el finançament de l'Acció Especial BFF2002-11132-E del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Cap part d'aquesta publicació no pot ser reproduïda, emmagatzemada o transmesa de cap manera ni per cap mitjà, ja siga electrònic, químic, mecànic, òptic, de gravació o de fotocòpia, sense el permís previ de l'editor.

EL COMBATE CONTRA EL GIGANTE EN LOS TEXTOS CABALLERESCOS

*Para Eustasio, con gratitud y afecto,
y, claro está, para Manu, que inspiró el tema de este trabajo*

Buena parte de los gigantes que pueblan los textos caballerescos se presentan como temibles adversarios a los que el protagonista ha de vencer y, en tanto que tales, el enfrentamiento bélico contra ellos desempeña una papel fundamental en la trayectoria vital del caballero.¹ Se convierten así, tal como dijo Márquez Villanueva (1973: 301), en «mueble indispensable» de estas obras y resultan necesarios «para dar la medida del valor y superioridad de sus héroes caballerescos».²

No obstante, no todos los gigantes son iguales (Morales 1993: 180) ni su comportamiento en los libros de caballerías resulta tan uniforme como se pretende.³ Su imagen recorre un continuo que va desde lo prodigioso a lo humano.⁴ Así,

1. Recordemos los combates de Amadís contra Abiés de Irlanda (que, sin ser gigante, se presenta, sin embargo, con las características de éstos) o Ardán Canileo (de linaje de jayanes), la de Galaor contra Albadán —su primera gran hazaña— o las de Esplandián con los gigantes que mantenían preso a Lisuarte. Los gigantes se convierten en una frecuente manera de iniciar la vida caballerisca, en ocasiones incluso antes de que recibir la orden de caballería, ya que su vileza permite que el héroe se enfrente a ellos sin necesidad de espada.

2. La batalla contra el gigante suele utilizarse, además, como término de comparación con otros caballeros. Así, en las *Sergas* se compara explícitamente a Esplandián con Amadís, y se constata que el hijo supera a su padre (*Esplandián*, 164-165). Por su parte, Florisando, en tanto que caballero cristiano, ha de superar a todos los de su linaje y para ello se subraya la peligrosidad de su combate: «cierto, la batalla que hubo Galaor con el jayán en la Peña de Galtares nombrada ha sido, y las que ovo Esplandián con el jayán [Ma]troco y con sus hermanos peligrosas fueron, pero no es posible ser ninguna de ellas tal como ésta. Si el cavallero vence será la mayor maravilla que ha sido en el mundo, [...] si él de aquí escapa vivo y con vitoria, yo os digo que la memoria de Esplandián y de Amadís y sus hermanos es perdida entre las gentes» (*Florisando*, cap. 15) .

3. Porque la pretendida uniformidad de los libros de caballerías es, todavía hoy, un tópico de la historiografía literaria difícil de erradicar.

4. A. M. Morales (1993: 181) habla del «gigante heroico, que es simplemente el héroe humano cuya fuerza y talla le hacen aparecer como sobrenatural. [...] generalmente desempeñan un papel equivalente al de un caballero antagonista normal y su estatura únicamente contribuye a hacer más meritorio el triunfo del héroe».

podemos encontrar el «gigante tradicional»,⁵ soberbio, primitivo, casi salvaje, velludo y ajeno a las normas sociales, pero también el gigante noble, en ocasiones monarca, que puede dar muestras de cortesía. Su papel en estos textos tampoco es siempre el mismo y, aunque suelen actuar como fieros antagonistas, no es imposible que funcionen como benefactores o auxiliares (Clemencín 1833-1834: 435; Marín 1993: 195-200).

Pero, a pesar de estas diferencias, en los textos caballerescos los gigantes aparecen principalmente tan sólo para ser derrotados y aniquilados por el héroe durante un sangriento combate. El análisis de ese combate, pieza fundamental de la biografía caballeresca, revelará justamente esa «medida del valor y superioridad» del héroe que Márquez Villanueva mencionaba, puesto que no todo gigante se vence de la misma forma y cada pequeño detalle resulta iluminador de los riesgos y dificultades a los que se enfrenta el caballero.

El estudio pormenorizado de las batallas contra gigantes descubre, al tiempo que una extraordinaria diversidad de formas de vencer a estos seres, la existencia de un buen número de tópicos que llevaron a Menéndez Pelayo (1925: ccxvi) a considerar, al hablar de los jayanes del *Amadís*, que todos «hacen las mismas cosas y combaten de igual modo». Pero la idea de este eminente filólogo resulta poco acertada, y el intento de sistematizar el enfrentamiento armado contra gigantes se presenta como tarea casi imposible. Lo que no se puede negar, sin embargo, es la existencia de una serie de tópicos y todo un conjunto de «posibilidades bélicas» que, ya desde los textos caballerescos más tempranos, se encontraban a disposición del escritor a la hora de componer literariamente una batalla contra estos enormes contendientes. Pero ni todas las obras reflejan estos lugares comunes ni se dan siempre todos ellos. Es precisamente la tensión entre ausencia y presencia de estos tópicos lo que funciona como marca que individualiza cada batalla y la convierte en única.

Por otra parte, estos lugares comunes que conforman la manera básica de enfrentarse a un gigante representan el término de comparación al que el receptor acudía a la hora de medir la fuerza y coraje del héroe, así como la del propio gigante; es decir, esos tópicos se convierten en el instrumento que le permite valorar la dificultad del combate en su justa medida.

El lector de la época poseía, por tanto, la capacidad de decodificar hasta el más mínimo detalle de la lucha, y ello le permitía captar las diferencias de cada enfrentamiento armado y percibir que los personajes no combatían nunca «de igual modo», si bien utilizaban un repertorio limitado de técnicas y golpes, repertorio apoyado, por una parte, en una realidad más o menos arcaica y, por otra, en la tradición literaria previa. Los lugares comunes derivan de una lógica interna del relato atendiendo a la imagen que se quiere ofrecer tanto del gigante como del

5. A. M. Morales (1993: 181) define a los gigantes tradicionales como «los más comunes, seguramente son estas criaturas las que más familiares nos parecen y esperamos encontrar en los cuentos. Están dotados de las cualidades más obvias en un gigante: gran tamaño, ferocidad y cierta estupidez».

héroe, al tiempo que se pretende conseguir coherencia con respecto a las expectativas del lector sobre estos personajes. De esta manera, cuando la representación del jayán se acerca a la del salvaje, rara vez aparece cabalgando y luciendo una armadura convencional,⁶ y tampoco suele darse el inicial enfrentamiento de lanzas.⁷ Este enfrentamiento sí se da, sin embargo, cuando el gigante se presenta como caballero.⁸ Sus armas como tal no suelen ser pinos ni porras rústicas, sino las debidas a su condición —la espada—, aunque con la normal tendencia a utilizar cuchillos o mazas. En estas ocasiones el receptor sabe que el gigante puede salvar su vida si, tras la derrota, decide cambiar y, en caso de ser pagano, convertirse. Esta posibilidad suele estar cerrada para esos otros gigantes cercanos al hombre salvaje, a veces incapaces de articular palabras y antropófagos.

Por tanto, el comportamiento bélico del jayán define —junto con su descripción— su imagen, que puede resultar cercana a la del caballero o, en el polo opuesto, a la del salvaje.

1. LOS TÓPICOS

El gigante es, sin lugar a dudas, un adversario extraordinariamente peligroso, y cuando un caballero inicia un combate contra uno de ellos, es consciente de los grandes peligros a los que se enfrenta. Para salir victorioso se requiere una explícita conjunción de astucia, fuerza y habilidad en el uso de las armas.

En el caso de que se produzca el inicial encuentro de lanzas a caballo, éste apenas si presenta diferencias con respecto a las luchas contra adversarios no giganteos, pues las posibilidades son muy restringidas: uno de los dos resulta desarzonado, los dos o ninguno. En el combate contra jayanes, es frecuente que ambos permanezcan en sus sillas y que posteriormente —o de resultados del encuentro— uno de los caballos muera y, poco después, el otro, de forma que comience la lucha a pie, si bien en ocasiones los guerreros no desmontan en ningún momento de la batalla.

Sin embargo, a pie o a caballo no hay que olvidar nunca la nada despreciable fortaleza y tamaño descomunal del jayán, por lo que, ante uno de sus temibles

6. Clemecín (1833-1834: 104) ya comentó las armaduras fantásticas de los gigantes realizadas con materiales extraños, como huesos de serpientes y conchas de pescado. También Cacho Blecua (1991: 877) comentó la relevancia del escudo de acero —material infrecuente por lo pesado en la construcción— como indicador de la descomunal fuerza del jayán. Sobre las armaduras de los gigantes, resulta indispensable la consulta de Riquer 1987: 77-80 y 148-149. Las extraordinarias cabalgaduras de los gigantes (dromedarios, osos, unicornios, etc.) fueron objeto de comentario por parte de Clemecín (1833-1834: 180), que no citó, curiosamente, los elefantes.

7. Y viceversa, la representación del salvaje luchando a la manera de jayán forzaba también al receptor a percibirlo como tal, aunque no se hubiera mencionado su tamaño. Sobre los salvajes en la narrativa medieval, *vid.* Río 1999 y Deyerdmond 1964.

8. No obstante, hay que tener en cuenta que, a pesar de su condición nobiliaria y salvo raras excepciones, la soberbia inherente a estos seres aleja su comportamiento de las normas de la caballería, al menos en un primer momento.

golpes, lo más prudente es, sin duda, esquivarlo, como se comprueba en casi la totalidad de los textos caballerescos:⁹

Mas Geofre, que se supo mejor guardar que el otro ferir, falsó el golpe del gigante e saltó del otro costado
(*Melosina*, 670)

e Bravor alçó la espada e quiso ferir a Tristán, e Tristán desvió el cuerpo
(*Tristán*, 51)

el cual le quiso ferir otra vez, pero Galaor, que mañoso y ligero andava, guardose del golpe
(*Amadís*, 346)

Esplandián, como no tuviesse escudo y viesse el golpe tan fuerte venir, guardóse dél hurtándole el cuerpo, assí que se lo hizo perder
(*Sergas*, 322)

Palmerín se supo tan bien guardar del gigante que jamás lo ferió
(*Palmerín*, 196)

los jayanes rebolvieron sobre los cavalleros que a pie estavan y fuéronlos a herir, pero ellos se guardaron de los golpes
(*Florisando*, cap. 168)

Y de allí adelante punava de guardarse de sus golpes y, como era ligero, faziale perder sus golpes
(*Primaleón*, 22)

E alçando otra vez la maça para darle por encima del yelmo, el cavallero le hurtó el golpe e le firió con su espada
(*Lisuarte*, 129)

9. Hemos utilizado un corpus de trece textos caballerescos, todos ellos anteriores a 1519, salvo el *Florindo* (1530), al que mencionamos por presentar un ejemplo de desviación de los tópicos analizados. Estos trece textos comprenden todos los libros de caballerías impresos hasta esa fecha (además del mencionado *Florindo*), a los que hemos añadido un texto artúrico —el *Tristán de Leonís* (1501)— y la traducción castellana cuatrocentista de la *Melosina* de Jean d'Arras, obras no derivadas del *Amadís*. Nuestro método de trabajo ha sido analizar sistemáticamente todos los combates contra gigantes que se encuentran en estas obras, para, tras ello, exponer nuestras conclusiones. También hemos revisado buena parte de otros textos posteriores —y hemos comprobado que los tópicos y motivos analizados también se encuentran en ellos—, pero no hemos querido reflejar esos ejemplos en el presente trabajo con la intención de no alejarnos demasiado del ámbito medieval. Completamos nuestras observaciones con el rastreo de los mismos tópicos en otras obras caballerescas de la literatura románica, *vid.* n. 22.

al tiempo que el jayán descargava sobre él, con mucha ligereza dio un salto al través sobre la parte siniestra

(*Floramante*, ff. 64v^b-65v^a)¹⁰

El héroe ha de «guardarse de los golpes» que el jayán pretende asestarle, y la forma como suele hacerlo es «desviando» o «hurtando» el cuerpo, o, aún más rápido, dando un feliz «salto al través». Esta necesidad de esquivar los ataques del gigante es lo que nos da la imagen más frecuente en este tipo de combate: la de un héroe cuyo tamaño es marcadamente menor que el de su adversario, que se dedica a brincar a su alrededor evitando ser golpeado.

Junto a esta imagen —un tanto saltarina— del caballero, otro de los tópicos más frecuentes en estas batallas es la de un tremendo golpe fallido —a veces dado a dos manos, lo que implica que se utiliza toda la fuerza de la que se es capaz—, golpe que al dar en el suelo muestra su potencia ya que, a) lo destroza, b) destroza la propia arma o c) consigue que el arma se clave en el suelo:

E vino al gigante, que le pensava herir otra vez del otro martillo, mas Geofre falsó. E era tan grande la fuerza con que el gigante lo arrojó que se fundió bien un pie dentro de tierra

(*Melosina*, 672)

et dio tal golpe en tierra que la espada fizo dos pedaços

(*Tristán*, 51)

y la espada de Basagante dio en tierra en unas piedras y fue quebrada por medio

(*Amadís*, 790)

y passó tan rezio fazia abaxo con la grand fuerça del braço que dio en el suelo, que de muy dura peña era, assí que por medio fue quebrado

(*Sergas*, 321)

e [el golpe] dio en el suelo que la espada metió por él

(*Palmerín*, 196)

E alçando el cuchillo pensó le ferir a Vallados, y él le furtó el cuerpo al gigante, e dio en el suelo tal golpe que el cuchillo fue quebrado en tres partes.

(*Lisuarte*, 15)

tomó su bastón a dos manos y fue a dar sobre la cabeça a Floriseo un gran golpe, mas como Floriseo fuesse muy ligero dio tan gran salto

10. Los ejemplos podrían multiplicarse, incluso acudiendo a los mismos pasajes de donde hemos extraído las citas, en los que la técnica de los «golpes esquivados» se repite normalmente a lo largo de todo el combate.

hazia un lado que le hizo perder el golpe al salvaje y dio sobre una piedra tan rezio que se quebró el bastón, que era un árbol de xv palmos tan luengo y tan grueso como la pierna.

(*Floriseo*, 208)

e fue tan grande que la maça se soterró más de la mitad debaxo d'ella

(*Clarián*, 113v^b)

que, dando el fiero golpe en vazío, dio en la tierra de tal poder que grandes dos palmos metió por ella

(*Floramante*, ff. 64v^b-65v^a)

Este tópico da muestra, por una parte, de la fortaleza del antagonista, pero, por otra, revela su ineficacia.¹¹ A pesar de ello, el receptor no puede evitar imaginar que, si el impacto hubiera alcanzado el cuerpo del héroe, lo hubiera destrozado o hendido tal como hizo con el duro suelo. Ante tal potencia, evitar los golpes resulta la opción más inteligente, sobre todo al considerar que la temible fortaleza de estos adversarios convierte sus ataques en mortales:

Y ciertamente, si el gigante pudiera herir con la diestra mano, él se viera en gran peligro de muerte

(*Amadís*, 1662)

El gigante tomó la espada con ambas manos e ývale ferir con tanta fuerça que lo matara si Palmerín no se desviara

(*Palmerín*, 196)

E si no fuera por la gran ligereza que traía el cavallero y por el escudo dorado que era muy fuerte ciertamente allí moriera

(*Florisando*, cap. 80)

si [Polendos] no se cubriera de su escudo muy bien y lo rescibió [el golpe del gigante] en él, hubiéralo muerto

(*Primaleón*, 22)

E con solo aquel golpe acabara la batalla si don Clarián con gran destreza no se lo hiziera perder

(*Clarián*, f. 113v^b)

E podéis creer que si a derecho le acertara con el cuchillo sin ninguna duda lo fendiera fasta la cinta.

(*Floramante*, ff. 64v^b-65v^a)

11. En el caso del *Claribalte*, el golpe fallido es el terrible error que lleva al gigante a la muerte, pues tan fuerte es que cae, momento aprovechado por el héroe para terminar con él: «El cual [el gigante], como veía qu'el cavallero tanto se le defendía, quiso herirlo ya con saña e cargó con amas manos para le dar un golpe e fue tan grande la fuerça que en este puso, que cayó juntamente con el golpe en tierra» (102).

O así lo consideran los propios gigantes:

[Basagante] traía una acha de azero muy pesada, y fue a Beltenebros por le dar con ella, que pensó fazerle dos pedaços
(*Amadís*, 789)

tomó su gran cuchillo con ambas manos y fue cuanto más pudo contra él y alçólo suso, pensando darle por encima del yelmo y fenderlo fasta la cinta
(*Sergas*, 168)

[el gigante] descargó el golpe pensándole fender hasta la cinta
(*Lisuarte*, 215)

Pero no siempre el héroe consigue ser lo suficientemente rápido a la hora de evitar el impacto, que lo alcanza en el yelmo o en el escudo —o en los dos— y de resultas el caballero puede quedarse desprotegido:

[...] el gigante, que le quiso dar un grand golpe de su porra. Mas Geofre saltó del otro costado, mas no pudo escapar que el gigante no le diesse un grand golpe sobre el yelmo, tanto que era casi atordido.
(*Melosina*, 672)

Y el gigante descargó tan rezio, y la espada cortó tan livianamente, que desde el brocal hasta ayuso le llevó el un tercio del escudo.
(*Amadís*, 1661)

el jayán le dio tan fiero golpe por encima del brocal del escudo que lo cortó en dos pedaços.
(*Sergas*, 321)

alçó el cuchillo e firió con él al cavallero por cima del escudo, que dos partes gelo hizo
(*Lisuarte*, 139)

La importancia de este golpe es fundamental, ya que durante una batalla el escudo juega un papel básico en la defensa; al perderlo, el guerrero sabe que cualquier golpe que lo alcance puede tener consecuencias funestas. Pero, si el escudo es importante, el yelmo resulta vital: perder la protección de la cabeza deja al héroe a merced del más mínimo golpe, cuanto más de los de un gigante.¹² Por fortuna, si el jayán utiliza como arma una maza, el héroe no suele perder el yelmo, sino que tan sólo se queda aturdido por el golpe. En cualquier caso se trata de uno

12. La importancia de evitar los golpes en el yelmo queda patente en el siguiente pasaje del *Florisando*: «Tan maltratada tenía el jayan la cabeça de las heridas que le parecía que no traía yelmo ninguno. E, a cada golpe que le iva a dar, Florisando alçava el escudo y recebíalo en él, y no en el yelmo, de tal guisa le dava que ya tenía el escudo en pedaços» (cap. 15).

de los momentos más delicados, puesto que durante su aturdimiento el caballero puede ser golpeado por su adversario.

En esas circunstancias se comprende que la ligereza del caballero resulte su mejor aliado contra el gigante, un aliado prácticamente imprescindible para evitar la muerte:¹³

Mas Geofre [...] falsó el golpe e saltó del otro costado [...]. E luego Geofre saltó muy ligeramente del otro costado
(*Melosina*, 672)

Y lo que aquella hora Amadís más aprovechava era su gran ligereza, que con ella todos los más golpes le hazía perder
(*Amadís*, 877)

mas él se guardava dellos con mucha ligereza y biveza de corazón, de guisa que los más dellos le fazía perder
(*Sergas*, 151)

E teniale otra ventaja el cavallero a Turón de andar mucho más ligero que él (*Florisando*, cap. 80)

Palmerín, que muy ligero era, levantóse y sacó su espada
(*Palmerín*, 196)

viendo [el gigante] que no podía ferir a Polendos a su voluntad según andava ligero
(*Primaleón*, 22)

Assí como estava tirava muchos golpes a Olorius, mas él con su ligereza gelos fazía perder
(*Lisuarte*, 216)

era tanta su ligereza que hazía al gigante perder los más de los golpes que hazía
(*Floriseo*, 198)

Candramón lo cuidó entonces ferir por cima del yelmo, empero él se guardó con gran ligereza
(*Clarián*, f. 114 r^o)

andava tan ligero en la batalla que el jayán no le pudo jamás acertar golpe que en lleno le tomasse, porque con su ligereza saltava a una parte y a otra guardándose con mucho tiento
(*Floramante*, ff. 64v^b-65v^a)

13. Carlos Sainz de la Maza en su reciente edición de las *Sergas de Esplandián* (Madrid, Castalia, 2003) aduce muy acertadamente un texto de la *Glosa castellana al 'Regimiento de príncipes' de Egidio Romano* de García de Castrojeriz «[los caballeros] deven ser muy ligeros, así que puedan continuamente mover sus miembros, ca cualquier que en la batalla se mueve de ligero [...] apenas o nunca puede ser ferido [...]. E esto vale también para ferir como para escusar los golpes» (1947: III, parte 3^a, cap. 4, p. 313). *Vid. ed. cit.*, p. 165, n. 65.

Y, por el contrario, y la torpeza, derivada de su gran tamaño, el mayor inconveniente de su adversario:

y como era pesado, estava siempre quedo, que no se movía, y los dos cavalleros andavan ligeros

(*Sergas*, 206)

[el gigante] fue a tierra y, como era grande y pesado, no se pudo levantar tan ligeramente como Primaleón, que era ligero.

(*Primaleón*, 289)

el gigante se defendía mal por su pesadumbre y muchas heridas que traía.

(*Floriseo*, 220)

Gracias a esa ligereza, y a la escasa movilidad del gigante, el héroe puede herirlo a voluntad al mismo tiempo que esquivo los golpes:

et él le dava tan espesos y grandes golpes de la una parte y de la otra que lo traía a su voluntad

(*Tristán*, 51)

y firiole tan reziamente por todas partes que la espada le fazia sentir en las carnes, tanto que las piedras blancas eran coloradas de su sangre

(*Sergas*, 151)

dávale por muchas partes muchos golpes a su salvo. Esto hazía él bien por razón de su mucha ligereza

(*Floriseo*, 220)

Palmerín se supo tan bien guardar del gigante que jamás lo ferió, e él lo ferió de tales golpes que, [...] cayó tendido en el suelo

(*Palmerín*, 196)

muy ligero se apartava y se defendía muy bien con su espada, por manera que el gigante andava malferido

(*Primaleón*, 290)

e como era muy suelto, saltando al un cabo e al otro andava dando golpes en las ramas del árbol que en las manos traía el gigante

(*Claribalte*, 102)

empero como el novel lo atormentasse con la grande biveza de su corazón traíalo tan cansado que verdaderamente el huelgo quería dar, e juntose con esto la ferida del muslo que muy mala era

(*Floramante*, ff. 64^v^b-65^v^a)

Hemos de tener en cuenta que durante la ejecución de un golpe el héroe no puede concentrarse tanto en protegerse y resulta un momento indicado para que su

adversario lo alcance. Por tanto, para sobrevivir, el caballero ha de compatibilizar defensa y ataque con toda su agilidad y pericia. Este ataque se presenta normalmente como un acoso incesante, gracias al cual consigue infligir multitud de heridas a su adversario, heridas por las que empieza a desangrarse,¹⁴ lo que —junto con el cansancio de tanto golpe fallido— lo debilita en extremo:

y con la mucha sangre que de las llagas se le iva era tan enflaquecido
que apenas se podía tener en los pies

(*Sergas*, 152)

el jayán que ya contra él se venía muy desmayado de la mucha sangre
que le salía

(*Palmerín*, 87)

E el jayán andava ya muy cansado y muy dessangrado, y el escudo
fecho pedazos, y el yelmo todo roto

(*Florisando*, cap. 15)

y [el gigante] con la gran saña que traía y con la mucha sangre que se
le salía conoció que iba enflaqueciendo

(*Primaleón*, 290)

Bostrofo, que con la sangre mucha que de las heridas perdía, especial
de la llaga de la lança, andava muy lasso y enflaquecido

(*Lisuarte*, 215)

Assí que antes de una hora lo paró tal que no avía en él sino la
muerte, que por más de veinte lugares le salía la sangre en tanta
abundancia que del todo se sentió tollido, en especial lo del muslo, que
no se podía menear.

(*Floramante*, ff. 64v^b-65v^a)

Al hablar del combate contra el monstruo en los libros de caballerías, Marín Pina (1993: 30) ya comentó la importancia del desangramiento de la bestia para el triunfo del héroe, si bien ella lo relacionaba con la «pérdida de algún miembro» del antagonista. Pues bien, efectivamente, también a los gigantes —como a los monstruos analizados en el artículo de esta estudiosa— se les derrota en numerosas ocasiones gracias a una gran herida que deja inservible o cercena uno de sus miembros.¹⁵

14. Nótese cómo la abundante sangre que pierde el gigante se esparce por todo el lugar, tiñendo las piedras, imagen que sin duda recordaría Cervantes en la famosa aventura de Don Quijote y los cueros de vino: «Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino». Porque, efectivamente, como sospecha el ventero «el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre» (1994: 363); Lucía Megías (2003) realiza una interesante comparación entre el tema de los gigantes en los libros de caballerías y en el *Quijote*.

15. El autor del *Primaleón* hizo comentarios «técnicos» sobre la forma como solía derrotarse al gigante aludiendo a esta gran herida: «Y dígovos que jamás a cavallero le duró tanto la batalla con gigante como a don Duardos, que siempre ellos se vencen por dicha y acaescimiento de darles feridas

EL COMBATE CONTRA EL GIGANTE EN LOS TEXTOS CABALLERESCOS

e lo hirió de su espada de un grand golpe sobre el braço, que le hizo caer la meitad del braço a tierra

(*Melosina*, 672)

e Tristán alçó la espada e diole tal golpe que le cortó el braço, e Bravor cayó en tierra muerto

(*Tristán*, 51)

y [Galaor] diole en el braço con la espada tal ferida, que gelo cortó cabe el ombro

(*Amadís*, 346)

acertó al jayán en la muñeca en descubierto debaxo de la manga de la loriga, que la mano con el cuchillo cayó en tierra [...] y fue quanto desapoderado pudo por le tomar con la mano izquierda; mas Esplandián lo firió de tal guisa que se la hendió por medio hasta el braço

(*Sergas*, 322)

E dale luego otra cuchillada a toda su voluntad sobre el ombro ezquierdo que le derrocó el braço a tierra

(*Florisando*, cap. 80)

dio tan fuerte golpe al jayán en el braço derecho que gelo cortó en la meytad con la espada cayó en el suelo

(*Palmerín*, 87)

firiolo tan esquivamente en una coxa de la pierna que armadura que truxesse no le prestó; tan grande llaga le fizo en la pierna que el gigante [...] cayó tendido en el suelo

(*Primaleón*, 311)

[el gigante] alçó el braço derecho. El espada descargó en él por derecho del codo que meitad del braço con la mano le derribó en el suelo.

(*Lisuarte*, 129)

diole de gran fuerça una herida sobre el ombro derecho, de suerte que le derribó el braço al suelo

(*Floriseo*, 220)

[Clarián] llegose a el e diole otro gran golpe en la juntura del pie siniestro tal que todo lo más d'él se lo cortó.

(*Clarián*, f. 113v^b)

con que ellos no se pueden mantener en batalla». Aquí se comprueba, de forma explícita, que el combate básico derivado de los tópicos funciona como término de comparación, puesto que el autor quiere dejar claro que Primaleón venció al gigante de una manera todavía más dificultosa: «mas esto no fue así; mas antes ambos a dos mostraron allí sus fuerças a la iguala, por manera que todos los que lo miravan lo tenían por gran cosa» (Primaleón 1998: 311).

E tal revés le dio por el muslo derecho que, quebrantándole las fuertes fojas que también allí traía, le hizo una peligrosa llaga.

(*Floramante*, ff. 64v^b-65v^a)

En muchas ocasiones, el recuerdo de Polifemo se hace evidente en este golpe, puesto que, a través de la visera del yelmo, le quiebra un ojo o le provoca tal herida que la abundante sangre le impide ver. De esta manera, ciego como el cíclope homérico, apenas puede defenderse.¹⁶

Después de todo esto, parece lógico que la rabia del gigante llegue a extremos insospechados y se dedique a echar humo por la visera del yelmo, mugir como un toro, echar fuego por los ojos y blasfemar (normalmente contra sus dioses, pues suele ser pagano), conocidos tópicos hiperbólicos de la furia gigantea.¹⁷ En muchas ocasiones éste es el momento en que, desembarazándose de las armas ofensivas, pretende aniquilar al héroe entre sus brazos, pero sin éxito.¹⁸

Tras todo esto, la muerte del gigante —o al menos su derrota— resulta inminente. Extenuado, casi sin aliento, desangrándose por numerosas heridas o, quizá, tras haber perdido uno o varios miembros, se muestra incapaz de continuar la lucha y, finalmente, se desploma, claro está, «como una torre». Al héroe tan sólo le resta comprobar si sigue vivo, lo cual no sucede siempre; pero, de ser así, en el mejor de los casos el gigante recibe una propuesta de cambio de costumbres o de religión y, en el peor, resulta decapitado sin más miramientos:

e vino Geofre. Quitada la babera que el gigante avía, cortóle la cabeça
(*Melosina*, 672)

y Galaor fue sobre él y matólo con su espada y cortóle la cabeça
(*Amadís*, 346)

16. Así sucede, por ejemplo, en *Florisando*: «Florisando asió así mismo por el yelmo al jayán, y metiole el espada por la vista y quebrole un ojo» (cap. 17); «y al otro [jayán] había dado tantas heridas sobre el yelmo que tenía la cabeça por muchas partes abierta y de la sangre que le salió le entró por los ojos que ya ninguna cosa veía» (cap. 168); *vid.*, asimismo, *Sergas*, 207; *Floriseo*, 182, y *Lisuarte*, 15.

17. Si bien estos tópicos pueden aparecer en cualquier momento durante el combate (e incluso antes). Sobre el motivo hiperbólico del humo por la visera, *vid.* los comentarios de Juan Manuel Cacho Bleuca (1991: 787-788, nota 38). La hipóbole tiende a aumentar y aunar varios tópicos: «Tan bravo y sañado fue d'esto el desemejado jayán que así le salía humo por la visera como si fuera horno, así bramava con saña como un esquivo león, así bozeava como un loco sin seso» (*Floramante de Colonia*, ff. 64-65).

18. Situaciones parecidas las encontramos en el *Amadís*, en el combate entre Galaor y Albadán: «diole en el brazo con la espada tal ferida, que gelo cortó cabe el ombro [...]. El jayán dio una gran voz y dixo: —¡Ay, cativo, escarnido soy por un hombre solo!— Y quiso abraçar a Galaor con gran saña» (*Amadís*, 345); en las *Sergas*, Esplandián, luchando contra un gigante: «acertó al jayán en la muñeca en descubierto debaxo de la manga de la loriga, que la mano con el cuchillo cayó en tierra. El jayán dio una gran boz y tan espantosa que toda la cueva hizo temblar; y fue cuanto desapoderado pudo por le tomar con la mano izquierda [...]. Cuando el gigante se sintió manco de las manos [...] dio tan fuertes bramidos que espanto era de los oír, y dava resoplidos con la gran congoxa que el humo le salía muy espeso por la visera del yelmo» (*Esplandián*, 322); en el *Lisuarte de Grecia* «El jayán que se vio tollido arremetió a él para cogerlo en los braços» (139); y en el *Primaleón*, un gigante, tras haber sido herido por Polendos en un brazo, «viendo que no podía ferir a Polendos a su voluntad según ligero, y ívase a abraçar con él por lo desfazer entre sus braços» (22).

Esplandián fue luego sobre él y quitándole el yelmo le cortó la cabeza

(*Sergas*, 322)

Palmerín le desarmó la cabeza e sin ninguna piedad gela cortó

(*Palmerín*, 196)

y asiole por el yelmo y tiró tan rezio que quebrando los lazos gelo sacó afuera y tomolo por los cabellos y cortole la cabeça y echola aparte

(*Florisando*, cap. 80)

E assí como tornó a caer le cortó la cabeça e bien quisiera levarla consigo, mas era tan grande que no la pudo traer

(*Claribalte*, 102)

e no contento con aquello, cortándole los lazos del yelmo que por el suelo con la ravia de la muerte rebolcándose andava, de un gran golpe le cortó la cabeça

(*Lisuarte*, 129)

Aunque no sea la única, sin lugar a dudas, la decapitación es la forma más frecuente de terminar con la vida del gigante y, por tanto, de dar por concluida la batalla.¹⁹

2. EL AUTOR ANTE LOS TÓPICOS: VARIACIÓN ESTILÍSTICA Y VARIACIÓN IDEOLÓGICA

Estos tópicos o lugares comunes no se dan siempre juntos ni en todos los textos. El autor, frente a estas posibilidades que la tradición le ofrece, puede optar por un relato mucho más abreviado (el gigante muere en el encuentro de lanzas o del primer golpe de espada) o, al contrario, amplificar la narración del combate a través de la repetición de golpes, la inclusión de diálogos o multiplicando las referencias generales a la dureza del combate.

Pero, frente a estas variaciones estilísticas, también puede oponerse, motivado por razones ideológicas, a esas fórmulas y presentar un combate distinto. De esta manera, el *Florisando* presenta la peculiaridad de invertir los papeles, aun manteniendo algunos tópicos, puesto que se enfatiza la dificultad que el combate representa para el héroe, al subrayar la eficacia de los golpes asestados por el gigante y las heridas que le causa, al revés de lo que ocurre en otros textos caballerescos. Quizá el autor estaba más interesado en mostrar no tanto la extraordinaria capacidad bélica del protagonista como sus virtudes cristianas: perseverancia en las buenas acciones, constancia ante la adversidad y fe en Dios.²⁰

19. A. M. Morales (1993: 183) recuerda al respecto el «macabro y tradicional entre los celtas juego de la decapitación, son los únicos que recuerdan la vieja creencia de que los gigantes sólo pueden ser muertos si se les corta la cabeza».

20. Recordemos que también en el combate entre Amadís y Ardán Canileo se enfatizaba las dificultades que el héroe tenía que superar para derrotar finalmente a su adversario.

Por poner tan sólo otro ejemplo más, en el *Florindo* el héroe ha de enfrentarse con Goliano, un gigante del linaje de Goliat. El héroe, si bien es un valeroso caballero, consigue asustar verdaderamente al jayán cuando solicita ayuda divina. En un momento determinado aparece una cruz con la leyenda «In hoc signo vinces» y el gigante huye despavorido. La nueva técnica bélica y religiosa al mismo tiempo para vencer al jayán, unida a la referencia bíblica de Goliat, nos da la clave para entender cómo el autor ha preferido en esta ocasión supeditar los tópicos a una nueva ideología: no es la fuerza del caballero, si no su creencia en la divinidad lo que le permite vencer.²¹

3. LA CONFIGURACIÓN DE LA RETÓRICA DEL COMBATE CONTRA EL GIGANTE

Los lugares comunes analizados son, en muchas ocasiones, recreación de tópicos que hunden sus raíces en la literatura medieval románica y sus derivados anglo-germánicos. Son, por tanto, herencia de una literaria «arte de la guerra» contra el gigante, que se desprende de las obras artúricas de Chrétien de Troyes, Malory o los diversos textos del ciclo tristaniano.²²

Esa literaria «arte de la guerra» fue recogida por los textos castellanos pertenecientes a la tradición caballerescas —principalmente artúrica, pero no de forma exclusiva— entre los que ocupan un lugar de honor como paradigma genérico los cinco libros del *Amadís de Gaula*, esto es, la refundición de Montalvo y las *Sergas de Esplandián*, su obra original. Pero los textos de Montalvo, si bien imitados por otros autores, no pueden considerarse responsables últimos de la existencia de estos tópicos en los libros de caballerías hispánicos, pues estos tópicos no le pertenecían ni al *Amadís* de Montalvo ni al primitivo, obras que se limitaron a reflejar una vez más esta literaria «arte de la guerra» de la que venimos hablando.²³

21. *Florindo*, f. 115r^v. En definitiva, es algo que también se menciona en el *Amadís*, en las *Sergas* y en otros muchos libros de caballerías. Si, además, tenemos en cuenta que el gigante tiende a presentarse en los libros de caballerías como anticristiano (Cuesta 2001), se ha de considerar que el autor del *Florindo* tan sólo ha acentuado una tendencia existente en el género desde sus inicios.

22. En *Jaufré*, román del siglo XII, encontramos una batalla del héroe contra un gigante leproso en la que se dan buena parte de los lugares comunes analizados: saltos y ligereza del caballero, golpes fallidos y esquivados, el mazazo sobre el yelmo del héroe, la amputación de miembros y consecuentes terribles gemidos y gritos del jayán, así como el estrépito con el que se desploma (*Jaufre* 1996: 111-113); no nos extrañará encontrar también estos tópicos en la *Melusina* de Jean d'Arras (1982: 185-186 y 200-202), obra del siglo XIV, origen de uno de los textos castellanos analizados; en la *Muerte del Rey Arturo* de Thomas Malory, el mítico monarca también ha de infligir una terrible herida al gigante del monte de San Miguel (Malory 2001: vol. I, 191); otros combates que también incluyen algunos de estos tópicos (golpes fallidos, saltos para esquivar ataques, heridas mortales en los jayanes, ofensa repetitiva, golpes sobre el yelmo del caballero, que queda así aturcido) se encuentran en textos de Chrétien de Troyes, como en el *Erec y Enid* (1987: 80-87) y en el *Caballero del León*, donde incluso el león amigo del protagonista es consciente de la necesidad de esquivar los golpes de un gigante (1988: 101).

23. En la recepción de la época, estos tópicos expresan la forma adecuada como se ha de vencer —literariamente— a un gigante; así, el receptor considera la capacidad de esquivar los golpes una destreza bélica aprendida, tal como se deriva de las consideraciones del *Sergas*: «Pero el jayán [...] fería al Cavallero de grandes y pesados golpes; mas él se guardava dellos con mucha ligereza [...] como aquel que desde que fue para menear armas aprendió con ellas todas las cosas que le convenían» (152); en el

Aunque fue éste el reflejo en el que se miraron los libros de caballerías posteriores, los autores de esos mismos libros hubieron de conocer también los tópicos a partir de otros textos no derivados de los del regidor de Medina del Campo. Tan sólo a principios del siglo xvi, cuando la literatura caballeresca se hace manifiestamente imitativa también en lo estilístico, los pasajes de Montalvo —en más que posible confluencia con otros textos— se convierten en canon tanto macroestructural como microestructural, canon matizado probablemente por las aportaciones de Feliciano de Silva.²⁴ En ocasiones se constatan —como era de esperar— las imitaciones de los textos de Montalvo por parte de Silva. Así, la pérdida de los dedos del gigante se encuentra tanto en el *Amadís* como en el *Lisuarte de Grecia*:

como el gigante tendió la mano por lo travar, diole un golpe que los dedos le echó en tierra con la meitad de la mano

(*Amadís*, 345)

no pudo tan presto tornar a alçar el braço que el cavallero no lo firió en la mano antes, que todos los dedos con el cuchillo le derrocó

(*Lisuarte*, 139)²⁵

Esa línea de imitaciones resulta paralela a la explotación de los tópicos por los otros textos, línea de imitaciones que sin duda ayudó a fijar esos tópicos y a que así se construyera una serie de posibles esquemas narrativos del combate.²⁶

Amadís se comenta, con respecto al «miembro cercenado del gigante», que el héroe tenía experiencia en esas lides: «Amadís, como mucho en aquel menester había usado, y en casos tan peligrosos se supiese librar, no perdiendo ni olvidando cosa de lo que fazer devía, antes que el gigante el braço contra sí tirasse, firióle de tal golpe cabe el codo, que comoquiera que la manga de la loriga muy fuerte y de muy gruesa malla era, no le pudo prestar ni estorvar que la su muy buena espada no ge la tajasse hasta le cortar gran parte de la carne del braço y la una de las cañillas» (1661).

24. Si bien en el presente trabajo utilizamos los términos *motivo* y *tópico* como equivalentes, podríamos haber distinguido significados distintos, lo que nos permitiría decir que los *motivos* derivados de una determinada tradición se convierten, gracias al uso consciente de la *imitatio* poética, en *tópicos* retóricos, propios de la lengua literaria. De esta manera, los motivos que encontramos en el *Tristán de Leonís* o los cuatro primeros libros del *Amadís de Gaula* pasarían a convertirse en tópicos literarios en las *Sergas de Esplandián*, de mano de Montalvo, y, sobre todo, en sus continuaciones, en especial con la labor de Feliciano de Silva, escritor de una clara conciencia estilística.

25. Una amputación semejante se encuentra en el *Florisando*: «E el jayán soltó su cuchillo de la mano y fue a asir con amas las manos del espada de Florisando, y apretó muy rezio por ella, y Florisando tiró assí mismo rezio d'ella, y al tirar, como el jayán la tenía muy apretada cortose todos los dedos de la mano, los cuales cayeron luego a tierra» (cap. 17); pero las situaciones son diferentes: frente al golpe del *Amadís* y el *Lisuarte*, en el *Florisando* la amputación de los dedos se debe a que el gigante pretende apoderarse de la espada de su adversario.

26. Sería interesante analizar las imitaciones constatables que se encuentran en los libros de caballerías, si bien la recurrencia de los lugares comunes convierte esta labor en casi imposible. Sin embargo, en ocasiones las similitudes estilísticas parecen sugerir préstamos directos de unos obras sobre otras: «y la sangre le salía en tanta abundancia que otro que tan valiente y esforzado no fuera no se pudiera en los pies tener» (*Sergas*); «el jayán enflaquecía algún tanto e si otro no fuera no pudiera más tenerse en sus pies según estava malferido» (*Palmerín*).

De esta manera termina estableciéndose casi una retórica básica de la descripción del combate contra el gigante,²⁷ con lugares comunes que se repiten, casi en el mismo orden, conformando una especie de falsilla que le permite al escritor, si desea ajustarse a ella, componer una y mil batallas contra estos fieros adversarios, pero también le permite oponerse a estos tópicos por motivos estilísticos o ideológicos, e incluso superarlos, consiguiendo así que su héroe caballeresco aventaje a todos los precedentes y se convierta en el mejor caballero que jamás haya llevado armas.

JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO
Universidad de Jaén

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARRAS, Jean d' (1982), *Melusina*, trad. de Carlos Alvar, Madrid, Siruela.
- BASURTO, Fernando (1530), *Florindo*, Zaragoza, Pedro Hardoín.
- BERNAL, Fernando (2003), *Floriseo*, ed. de Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel, ed. (1991), Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Madrid, Cátedra.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1994), *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- CHRÉTIEN de Troyes (1987), *Erec y Enid*, ed. y trad. de Victoria Cirlot, Carlos Alvar y Antonio Rossel, Madrid, Siruela.
- (1988), *El Caballero del León*, trad. e introd. de Isabel de Riquer, Madrid, Alianza Editorial.
- CLEMENCÍN, Diego, ed. (1833-1834), Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, en la oficina de A. impresor de la cámara de S. M. y de su real casa, vol. 1.
- (1834), Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, en la oficina de A. impresor de la cámara de S. M. y de su real casa, vol. iv, pp. 432-435, nota 14.
- CUESTA TORRE, M. Luzdivina (2001), «Las ínsolas del Zifar y el Amadís, y otras islas de hadas y gigantes», en Julián Acebrón Ruiz, ed., *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, pp. 11-39.
- DEYERMOND, A. D. (1964), «El hombre salvaje en la novela sentimental», *Filología*, 10, pp. 97-111.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (2001), *Claribalte*, ed. de Alberto del Río Nogueras, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

27. J. M. Lucía Megías (2003) comenta cómo, a medida que se avanza en la producción caballeresca, los gigantes «se han convertido en un modelo narrativo para dejar de ser un personaje con una determinada y particular biografía».

- GARCÍA DE CASTROJERIZ, J. (1947), *Glosa castellana al 'Regimiento de príncipes' de Egidio Romano*, ed. de J. Beneyto, Madrid, I. E. P.
- Historia de la linda Melosina* (1993), dentro de José María Viña-Liste, ed., *Textos medievales de caballerías*, Madrid, Cátedra, pp. 655-673.
- Jaufré* (1996), trad. de Fernando Gómez Redondo, Madrid, Gredos.
- LÓPEZ, Jerónimo (1550), *Floramante de Colonia (Segunda parte de Clarián de Landanís)*, Sevilla, Juan Vázquez de Ávila.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2003), «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: de los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», *Artifara*. [<http://www.artifara.com/rivista2/testi/gigantes.asp>]
- MALORY, Sir Thomas (2001), *La muerte del Rey Arturo*, trad. de Francisco Torres Oliver, Madrid, Siruela, 2 vols.
- MARÍN PINA, María Carmen (1993), «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», dentro de Aires Augusto Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro, eds., *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 outubro 1991)*, Lisboa, Cosmos, vol. IV, pp. 27-33.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, FRANCISCO (1973), «El tema de los gigantes», dentro de *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, pp. 297-308.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1925), *Orígenes de la novela*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Bailly-Bailliére, vol. I.
- MORALES, Ana María (1993), «Los gigantes en la literatura artúrica», dentro de Concepción Company, Aurelio González, Lilian von der Walde y Concepción Abellán, eds., *Voces de la Edad Media. Actas de las Terceras Jornadas Medievales*, México, Universidad Autónoma de México, pp. 179-186.
- PAEZ DE RIBERA, Ruy (1510), *Florisando*, Salamanca, Juan de Porras.
- Palmerín de Olivia* (1966), ed. de Giuseppe Di Stefano, Pisa, Università di Pisa.
- Primaleón* (1998), ed. de M. Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- RÍO NOGUERAS, Alberto del (1999), «Figuras al margen: algunas notas sobre ermitaños, salvajes y pastores en tiempo de Juan del Encina», dentro de Javier Guijarro, ed., *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 147-161.
- RIQUER, Martín de (1987), «Las armas en el *Amadís de Gaula*», *Estudios sobre el Amadís de Gaula*, Barcelona, Sirmio, pp. 55-187.
- (2003), *Sergas de Esplandián*, ed. de Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia.
- SILVA, Feliciano de (2002), *Lisuarte de Grecia*, ed. de Emilio J. Sales Dasí, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- Tristán de Leonís* (1999), ed. de M. Luzdivina Cuesta Torre, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- VELÁZQUEZ DE CASTILLO, Gabriel de (1518), *Clarián de Landanís*, Toledo, Juan de Villalquirán.